LAZARILLO DE TORMES

Lee los textos siguientes y arrastra cada capítulo al recuadro del que le pertenece. El capítulo que sobra tíralo:

Pero como yo estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni me valía de nada, decidí hacer en el suelo del jarro una fuentecilla y un agujero fino, y taparlo delicadamente con una tortita de cera muy delgada. A la hora de comer, yo fingía tener frío y me metía entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos. Entonces, al calor de las llamas, se derretía la cera, porque era muy poca, y comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo ponía de tal manera que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobrecillo iba a beber y no hallaba nada de vino en el jarro, se sorprendía, maldecía y daba al diablo el jarro y el vino, porque no sabía qué había pasado. […] Tantas vueltas le dio al jarro y tanto lo palpó, que acabó por encontrar la fuente y se dio cuenta de la burla […] Fue tal el golpecillo, que me aturdió e hizo perder el sentido, y fue tan grande el jarrazo, que los pedazos en que se partió se me clavaron en la cara y me la rompieron por muchas partes, y me quebró los dientes […]
—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y te da la salud.

Pensé muchas veces irme de aquel amo tan mezquino, pero no lo hacía por dos cosas: la primera, porque no me fiaba de mis piernas, pues de pura hambre temía su flojera. Y la otra porque me decía: "Lázaro, ya has tenido dos amos. El primero te traía muerto de hambre, lo dejaste y te encontraste con este otro, que de tanta hambre casi te tiene ya en la sepultura. Así que si dejas a este amo y das con otro peor, ¿no será el morir?"

Y así me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido, porque, aparte de ser buena hija y una criada diligente y servicial, mi señor arcipreste me dispensa toda clase de favores y ayudas. A lo largo del año nos da casi cuatro fanegas de trigo, por las Pascuas nos regala carne y, de vez en cuando, un par de bollos, y cuando acaba el invierno me da las calzas viejas que deja. Y nos hizo alquilar una casita cercana a la suya. Los domingos y casi todas las fiestas comíamos en su casa. Pero las malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir. Dicen no sé qué y sí sé qué, y que ven a mi mujer ir a hacer la cama a mi amo y a guisarle de comer.

Prólogo | Capítulo 1 | Capítulo 2 | Capítulo 3 | Sobra

Capítulo 4 | Capítulo 5 | Capítulo 6 | Capítulo 7

Apenas había acabado su oración mi devoto señor, cuando el negro alguacil cayó desmayado al suelo y se dio un golpe tan grande, que resonó en toda la iglesia, y al instante comenzó a bramar y a echar espumajos por la boca, y a torcerla, haciendo muecas con la cara, y a agitar pies y manos, revolcándose en el suelo de una parte a otra. El estruendo y las voces de la gente eran tan grandes, que no se oían unos a otros.

Este amo me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida, pero no me duraron ni ocho días, ni yo pude resistir sus andanzas. Y por esto, y por otras cosillas que no digo, lo dejé.

Y pues Vuestra Merced me ruega que le escriba y relate mi caso muy por extenso, me pareció conveniente empezarlo desde el principio, para que se tenga noticia completa de mi persona, pero también para que los que son nobles y ricos por herencia consideren qué poco se les debe, pues la Fortuna fue con ellos parcial; en cambio, cuánto más mérito tienen los que, con la suerte en contra, pero remando con fuerza y maña, llegaron a buen puerto.

Estando así, me dijo mi nuevo amo:
—Oye, mozo, ¿has comido?
—No, señor —dije—, que no eran ni las ocho cuando me encontré con Vuestra Merced.
—Pues, aunque era temprano, yo ya había almorzado. Y quiero que sepas que cuando almuerzo algo, paso así hasta la noche. Por eso, arréglatelas como puedas. Ya cenaremos a su hora.